



La Santa Sede

*DISCURSO DEL SANTO PADRE PABLO VI AL PRIMER MINISTRO DE CANADÁ**

Jueves 16 de enero de 1969

Señor Ministro:

La visita que V. E. ha querido hacernos hoy es para nosotros un honor y un placer.

Hace tiempo que Nos conocemos y admiramos la vitalidad humana y cristiana de vuestro hermoso país. La Providencia Nos permitió, hace bastantes años, apreciar por experiencia directa la cordialidad y la delicadeza de la hospitalidad canadiense. Experiencia demasiado breve, desgraciadamente, pero que Nos dejó un recuerdo inolvidable.

Nos hemos seguido después, con creciente interés, los acontecimientos concernientes a vuestro país, tanto en el campo político y social como en el religioso, y Nos sentimos felices de tener hoy la ocasión de expresar, ante una personalidad tan distinguida como V. E., Nuestra confianza en el porvenir del Canadá.

Nos no desconocemos la importancia y las dificultades de los problemas que se presentan a un Primer Ministro canadiense al comienzo de una nueva legislatura, en la actual situación del mundo. La coexistencia en vuestro país de dos comunidades lingüísticas y culturales distintas, aumenta todavía las dificultades. Pero el espíritu positivo y realista de vuestros compatriotas sabrá encontrar los medios de asegurar el progreso de la nación, conciliando armoniosamente los intereses muchas veces divergentes. Y si ellos os han colocado en el alto puesto de responsabilidad que ocupáis, es precisamente, así Nos lo creemos, porque nutren la confianza de que sabréis promover los intereses generales del país en la concordia de todos sus habitantes.

Por lo demás, resulta evidente que lo que les une es más fuerte y más importante que lo que les divide.

La Iglesia, en virtud de su misión, es favorable, como muy bien sabéis, a todo lo que aproxima a los hombres en una fecunda colaboración. No desea otra cosa sino que ver desarrollarse en cada nación una voluntad sincera y unánime de servicio del bien común. Y, en su plegaria, litúrgica reserva un lugar a la súplica en favor de los responsables de este bien común. Por esto, formula los más cordiales deseos, de los que gustosamente Nos sentimos intérprete, por el pacífico y fructuoso desenvolvimiento de vuestra alta misión al servicio de vuestra patria.

La vocación universal de la Iglesia la obliga, por otra parte, a lanzar a los cuatro vientos esta inquietud por las buenas relaciones y la colaboración entre los hombres y, por eso precisamente, se compromete sin reserva alguna en la gran causa de la paz mundial.

Vuestro país, Sr. Ministro, es fundamentalmente pacífico y nos agrada pensar que continuará, bajo vuestro impulso, aportando con autoridad su valiosa contribución a una causa, tan vital para el porvenir de la humanidad. Nos confiamos también – y con esto queremos terminar – que seguirá dando a la Iglesia esas grandes familias cristianas que lo honran y en las cuales el Señor se complace escogiendo a menudo aquellos y aquellas que llama a una vocación más alta. Nos queremos confiaros que, con gran emoción Nos impusimos personalmente las manos en la fiesta de la Epifanía a nuevos obispos, entre los cuales figuraba un hijo de vuestra noble y querida patria canadiense.

Nos agradecemos a V. E. la amable visita que ha querido hacerNos, y de todo corazón Nos invocamos sobre V. E., sobre vuestra familia y sobre todo el Canadá, la abundancia de las bendiciones divinas.

**L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, n°4, p.8.